

**PABLO DEL HIERRO**

# MADRID

# METRÓPOLIS (NEO)FASCISTA

**VIDAS SECRETAS, RUTAS DE ESCAPE, NEGOCIOS**

**OSCUROS Y VIOLENCIA POLÍTICA (1939-1982)**

CRÍTICA

PLANO DEL PUENTE  
DE VALLECAS

Pablo del Hierro

---

# MADRID, METRÓPOLIS (NEO)FASCISTA

Vidas secretas, rutas de escape,  
negocios oscuros y violencia  
política (1939-1982)

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: junio de 2023

*Madrid, metrópolis (neo)fascista.*

*Vidas secretas, rutas de escape, negocios oscuros y violencia política (1939-1982)*

Pablo del Hierro

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa

de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Pablo del Hierro, 2023

© de los mapas, Àlvar Salom

Iconografía: Grupo Planeta

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-532-6

Depósito legal: B. 6861-2023

2023. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industria Gráficas, S. A.



# 1

## Madrid 1939: entre lo simbólico y lo material

A las afueras de la ciudad de Budapest se encuentra uno de los museos más intrigantes de la capital húngara: Memento Park. Una de sus peculiaridades es que se trata de un museo al aire libre, dedicado a estatuas monumentales y placas esculpidas durante el período comunista de Hungría. Hay esculturas de Lenin, Marx y Engels, así como las de varios líderes comunistas húngaros. Además, hay una pequeña parte dedicada a la memoria de la guerra civil española. El problema es que acceder a este lugar tan interesante es bastante difícil, especialmente si el turista no dispone de coche y tiempo por delante. En efecto, para llegar allí utilizando exclusivamente el transporte público hay que coger primero el metro y, tras bajarse en la última parada, tomar un autobús que te deja en Memento Park después de un larguísimo recorrido por las calles del extrarradio de Budapest. En total se puede tardar hasta una hora y media en llegar, lo cual quiere decir que el turista pierde casi medio día en alcanzar el destino deseado. Por eso, la primera vez que visité la capital húngara con amigos decidimos no visitarlo y concentrarnos en el maravilloso casco histórico. Sin embargo, cuando se anunció que la primera conferencia de COMFAS (la Asociación Internacional de Estudios Fascistas Comparados, de la que formaba parte) se iba a celebrar en Budapest en 2018, me puse como objetivo tomarme un día extra para visitar Memento Park. Además, en Budapest iba a presentar el primer borrador de mi trabajo sobre la ciudad de Madrid —y que es el germen del presente libro—, de modo que la excursión me pareció muy apropiada.

Debo decir que la experiencia no defrauda ni por un momento. A pesar de las dificultades para llegar, y de que las obras en el museo se encontraban paralizadas debido a desavenencias entre la Administración local y el Gobierno de Viktor Orbán, Memento Park contiene tanta historia que es hasta abrumador. Aunque la gran mayoría de las estatuas están relacionadas con la Revolución rusa, la segunda guerra mundial y, sobre todo, el culto a Stalin, el parque también contiene unas pocas obras que nos hablan de la percepción internacional de la guerra civil española. Por un lado, tenemos la famosa estatua esculpida en 1968 por el artista griego Memos Makris para conmemorar el rol jugado por las Brigadas Internacionales durante la contienda. Un poco más escondida está la mucho menos célebre estatua dedicada al primer ministro de Hungría entre 1958 y 1961, Ferenc Münnich. Realizada por el artista húngaro István Kiss en el año 1986, la estatua contiene una simbología bastante llamativa. Como puede verse en la fotografía 1 del pliego en el lateral de la pieza hay dos inscripciones: «Viva Republica» y «No pasarán». No deja de ser llamativo que las principales referencias simbólicas de la obra hagan referencia al rol desempeñado por el político húngaro en la guerra civil española, más que a su actividad política a nivel nacional. Y es que Münnich era especialmente recordado en su país por haberse alistado en las Brigadas Internacionales y por haber participado activamente en la defensa de Madrid, sobre todo en los combates alrededor de la Ciudad Universitaria.

Más allá de los detalles biográficos de Münnich, la estatua nos recuerda un hecho muy relevante sobre Madrid. Y es que casi cincuenta años después del final de la guerra civil, el lema «No pasarán» seguía siendo muy reconocido por toda Europa. En otras palabras, la capital española seguía asociándose en amplios sectores de la izquierda internacional con la lucha antifascista. De alguna manera, Madrid se había convertido en lo que el historiador francés Pierre Nora ha denominado como un *lieu de mémoire*, o lugar de memoria, «una entidad significativa cualquiera, ya sea de naturaleza material o inmaterial, que por obra de la voluntad humana o del tiempo se ha convertido en un elemento simbólico del patrimonio memorial de cualquier comunidad».<sup>1</sup> El historiador francés explica que estos lugares de memoria pueden adoptar distintas formas: un monumento, una persona importante, un museo, archivos, un símbolo, un lema, un evento o hasta una institu-

ción. La clave para que un «objeto» se convierta en un lugar de memoria es que escape al olvido, por ejemplo a través de la colocación de placas conmemorativas, o que una comunidad lo reinvierta con su afecto y sus emociones.

El proceso por el que Madrid se convirtió en un *lieu de mémoire* internacional de la lucha antifascista es complejo y tiene diversas raíces tanto nacionales como internacionales. En primer lugar, hay que mencionar la narrativa de los «frentes populares» que las fuerzas de la izquierda habían empezado a formar para las elecciones en España y Francia en febrero y mayo de 1936. La creación de esas coaliciones electorales y las subsiguientes victorias en las urnas habían empezado a materializar la idea de un «Frente Popular internacional» destinado a chocar con la creciente marea fascista. El estallido de la guerra civil española en junio de 1936 no había hecho sino confirmar esa narrativa que rápidamente iba a extenderse por todo el mundo, con Madrid desempeñando un papel central.

Como explica el historiador español Hugo García Fernández, numerosos políticos antifascistas se encargaron, ya desde el mes de noviembre, de convertir la resistencia madrileña a la ofensiva de los ejércitos franquistas en un símbolo que pudiera conectar con las experiencias que otros izquierdistas en distintas partes del mundo estaban viviendo en sus respectivas luchas contra el fascismo. Uno de los mejores ejemplos de este proceso de resignificación tuvo lugar cuando el periodista soviético Mijaíl Koltsov argumentó durante el Segundo Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura, celebrado en París en julio de 1937, que el frente antifascista «comenzó en las trincheras de Madrid y cubrió toda Europa y el mundo, sin dejar lugar para el silencio, la calma y la neutralidad».<sup>2</sup> Otro ejemplo en ese sentido nos lo aporta Carles Brasó, que identifica uno de los eslóganes que se popularizaron en la prensa checoslovaca de entonces, y que apelaba a «defender Madrid para defender Praga».<sup>3</sup> Obviamente, el Gobierno de la República se sumó con gran entusiasmo a esta interpretación, ya que podía ayudar a recabar mayores apoyos internacionales para la causa.

Pero esta simbología no se expandía exclusivamente por el continente europeo. Como nos recuerda de nuevo Hugo García, el general del Kuomintang Yang Hucheng, jefe de la delegación China enviada a España en octubre de 1937, también había vinculado públicamente

ambas luchas, definiendo a Shanghái como el «Madrid heroico de China, capital del antifascismo en Oriente».<sup>4</sup> Y es que dos de las más importantes causas encabezadas por la izquierda a finales de la década de 1930 se inspiraron mutuamente, o al menos trataron de unir sus fuerzas para resultar más efectivas, aunque solo fuese a nivel propagandístico.<sup>5</sup> Esta misma línea interpretativa la confirma Carles Brasó con su estudio sobre los médicos que participaron como voluntarios tanto en la guerra civil española como en la guerra de China contra Japón. Por ejemplo, cuando el doctor canadiense Norman Bethune, famoso por su activismo político antifascista y por haber organizado el primer servicio móvil de transfusiones de sangre durante la guerra civil española, llegó a la ciudad de Wuhan en 1938 se encontró allí con un ambiente de gran entusiasmo: al haber China detenido el avance japonés en la batalla de Tai'erzhuang, diversos medios de comunicación identificaron Wuhan y Madrid como símbolos de un movimiento global de resistencia antifascista. Brasó incluso nos cuenta cómo se compuso una canción popular para alabar el espíritu de resistencia de ambas ciudades.

Otro ejemplo del rol de la propaganda internacional en la consolidación de esa narrativa nos vuelve a llevar a Mijaíl Koltsov y la creciente popularidad de su fotografía conocida como *No pasarán*, que puede verse en la imagen 3 del primer pliego. La captura, probablemente tomada en octubre de 1936, mostraba una pancarta colocada entre dos balcones en la calle Toledo con el famoso lema «¡No pasarán!». Aunque Koltsov sería condenado a muerte el 1 de febrero de 1940 como parte de las purgas de Stalin, y fusilado al día siguiente, su fotografía fue ganando relevancia con el paso de los años, pasando a formar parte del imaginario colectivo antifascista y de la cultura popular, hasta el punto de que, a día de hoy, no es extraño ver pósteres y camisetas con esta imagen en muchas tiendas de regalos para turistas en el centro de Madrid. Algo parecido ocurrió con su libro titulado *Diario de la guerra española*, publicado con gran éxito en ruso en 1938 y traducido al castellano en 1963 y en 1978, y que mostraba la importancia de la resistencia en Madrid como prueba de la necesidad de acudir a defender cualquier ciudad amenazada por el fascismo internacional.

Estos son solo algunos ejemplos de los muchos que existen. Como no podemos analizarlos todos en este libro me limitaré a recomendar una relectura de las famosísimas crónicas escritas por periodistas ex-

tranjeros desde Madrid, como Ernest Hemingway, Gerda Taro, Jay Allen, Martha Gellhorn o Louis Fischer. En cualquier caso, fue tal el éxito de esta campaña propagandística que la idea del Madrid antifascista permaneció en el imaginario de la izquierda incluso una vez terminada la guerra civil.

De hecho, las autoridades franquistas tenían muy presente la importancia de ese peso simbólico, incluso antes de celebrar el desfile de la Victoria en mayo de 1939. Como anécdota, podemos recordar la protagonizada por la actriz y bailarina hispano-argentina Celia Gámez, una de las estrellas más populares en España en la primera mitad del siglo xx, en gran parte gracias a su actualización de la revista musical española. El caso es que la cantante, de fuertes convicciones autoritarias, había regresado a España en 1938 tras un par de años en su Argentina natal, y se había instalado en la zona controlada por el ejército comandado por Franco. Después de la toma de Madrid, la tonadillera se decidió a grabar un chotis para celebrar la inminente victoria franquista. La canción, titulada «Ya hemos pasao», era un claro mensaje a los madrileños —de ahí que fuera un chotis—, pero también una réplica general a la consigna de la República «No pasarán». De este modo, la letra trataba de presentar los aspectos negativos del gobierno republicano recitando todos los tropos de la propaganda anticomunista, a la vez que dibujaba un esperanzador futuro para la ciudad que «es hoy de Falange». Para todos aquellos interesados en conocer más sobre esta respuesta falangista al «No pasarán» de los republicanos, se puede ver la fantástica película de 1976 *Canciones para después de una guerra*, donde Basilio Martín Patino incluye este chotis tal como se filmó entonces. Otra contrarréplica interesante se puede encontrar en la bonita canción compuesta por Joaquín Sabina en 1998 y titulada «De purísima y oro». En cualquier caso, «Ya hemos pasao» fue un éxito relativo en la España de la época: aunque logró relanzar la carrera de Gámez, nunca llegó a tener el impacto internacional del lema «No pasarán». Todo ello a pesar del gran empeño que pusieron las autoridades en promocionarla, lo cual nos muestra muy a las claras la determinación de las élites franquistas de ganar la batalla de los símbolos alrededor de la capital española.

Al mismo tiempo, el bando rebelde también tenía que considerar la dimensión material del conflicto y cómo este impactaba en el espacio urbano de Madrid, puesto que en la primavera de 1939 la capital es-

pañola estaba en ruinas.<sup>6</sup> Después de casi tres años de guerra, la destrucción a nivel nacional abarcaba más de doscientos centros de población, un cuarto de millón de viviendas, 250.000 toneladas de flota mercante y alrededor de la mitad del material móvil ferroviario y automovilístico. Las comunicaciones, el comercio, la agricultura, la ganadería y la industria estaban fuera de juego para una economía moderna y, a todo este balance de ruina, había que sumarle el endeudamiento y la terrible pérdida de capital humano. Madrid, como una de las ciudades más golpeadas por la guerra, había sufrido esas mismas consecuencias, como queda ilustrado en la fotografía 4 del primer pliego: a la falta de infraestructuras se sumaba la escasez de alimentos y la destrucción de muchísimas viviendas, dejando a muchos de los madrileños que habían decidido quedarse en la capital en una situación muy complicada.

Las delicadas circunstancias que rodeaban Madrid tanto a nivel material como simbólico trajeron consigo importantes debates en el seno del Gobierno de Franco sobre el futuro rol que debía jugar la capital del nuevo régimen recién nacido. Tan es así que incluso empezaron a sonar voces entre los más fieles a Franco que defendían que el final de la guerra representaba una ocasión ideal para renovar todo el sistema político, incluyendo la ciudad que debía ser la sede de la capitalidad de la nación. En otras palabras, ya en esa primavera de 1939 surgieron opiniones que sugerían la posibilidad de que Madrid, destruida y demasiado identificada con la causa republicana, dejara de ser la capital. Este debate queda reflejado de manera muy clara en las memorias del falangista irredento Fernando González-Doria. Miembro de Falange desde antes de la guerra —y por tanto camisa vieja—, González-Doria había entrado en Madrid con las primeras tropas en abril de 1939, por lo que su testimonio contiene numerosos puntos de interés. Ya en las primeras páginas de su libro *Memorias de un fascista español* recoge un diálogo que mantuvo con un camarada anónimo durante aquellos primeros días en Madrid y que de alguna manera resume la situación:

—¿Tú crees camarada (sic) que Madrid, ese cubil de rojos, merece seguir siendo la capital de España? —me preguntaron en la Jefatura Provincial [de Falange].

—¿Y cuál si no?

—Hay mandos que se inclinan por Sevilla, ya sabes, tiene un historial impecable: cabeza de la conquista de América, avanzada del glorioso alzamiento nacional...<sup>7</sup>

Descartada la ciudad de Melilla que, aunque era un gran símbolo de la rebelión contra la República no se encontraba en la Península, Sevilla pasaba a ser, según González-Doria, la opción principal:

Sevilla con todo eso de maestra de evangelización del imperio, el camarada Pemán, los camaradas Primo de Rivera, el apoyo de las familias de Jerez y Córdoba, en fin: la solera, pudiera ser la capital del imperio, pero el calorcito es mortal.<sup>8</sup>

Barcelona también había sido descartada: pese al espíritu mediterráneo, la Ciudad Condal era también catalana, y por tanto poco fiable: «Yo no conocía entonces aquel lugar de España, pero su actitud ante la cruzada justificaba todos los recelos». Los nombres de Burgos o Valladolid, que tan importantes fueron para la causa franquista, también sonaron como nueva capital; «al fin y al cabo, Castilla fue cuna del imperio y el eje de nuestra grandeza histórica».<sup>9</sup>

Finalmente, el tema no fue más allá de rumores y conversaciones privadas que, aunque dieron que hablar, nunca llegaron ni a ponerse en marcha. Por un lado, estaban las cuestiones materiales del cambio, y es que los detractores de Madrid no habían calculado la dificultad práctica de mover la capitalidad de un Estado nación moderno de una ciudad a otra. Por otro lado, y a pesar de que las circunstancias eran preocupantes, se podía interpretar el momento en una clave distinta, no tanto de crisis, como de oportunidad política. En efecto, las autoridades franquistas finalmente entendieron que la dimensión simbólica y la dimensión material representaban dos caras de la misma moneda. En otras palabras, se convencieron de que el nuevo régimen político estaba ante una oportunidad inigualable de empezar de cero si se aprovechaba la destrucción material de la urbe para crearle una nueva identidad. De esta manera, prevaleció el criterio de mantener la capitalidad de Madrid, siempre y cuando la ciudad fuese reconstruida y resignificada. Es decir, era perentorio fabricar una nueva narrativa para la capital del régimen de franco que alejase por completo los fantasmas de la Segunda República y del lema «No pasarán».

Así pues, los gerifaltes franquistas comenzaron a diseñar el futuro de la capital de España con las calles aún llenas de cascotes. Y para ello, resultaba fundamental poner en marcha un nuevo consistorio municipal. Como nos recuerda una vez más el militante falangista Fernando González-Doria en sus memorias, el Ayuntamiento de Madrid había estado a cargo de Luis Ávila Pla por un breve plazo de veinticuatro horas, del 29 al 30 de marzo de 1939, hasta la llegada del que es considerado como primer alcalde de la capital del franquismo: Alberto Alcocer. Nacido en Orduña (Vizcaya), e hijo del diputado carlista Celestino Alcocer, el nombre de Alberto Alcocer siempre había estado ligado a la capital española: en efecto, él había sido ya alcalde de la ciudad entre los años 1923 y 1924, en plena dictadura de Primo de Rivera. Por aquel entonces había decidido dimitir de su puesto, el 3 de julio de 1924, alegando que tenía que ausentarse de la capital por motivos personales durante un tiempo que no podía precisar. A pesar de ese traspás político, Franco no dudó de su compromiso con la causa y decidió nombrarle alcalde de Madrid ya en 1936, en previsión de una pronta conclusión de la guerra. En realidad, Alcocer no asumiría su cargo hasta tres años después por motivos que son de sobra conocidos pero que están sujetos a numerosas interpretaciones que no vamos a analizar ahora.

Lo primero que hizo Alcocer nada más llegar a Madrid fue montar su equipo de gobierno, fichando a personajes todos ellos en absoluta sintonía con el discurso político del nuevo régimen. Entre los tenientes de alcalde y regidores estaban Manuel Escrivá de Romaní, Mariano Ossorio, Pedro Iradier, Jaime de Foxá, Joaquín Ruiz Jiménez, Eduardo Garay, camarada Alfonso Martos, Pedro Gandarias, Martín Asúa, Luis Gómez-Acebo y Alfredo Mahou. Aunque esas personas pertenecían a distintas «familias» dentro del régimen de Franco, todos ellos eran afines y compartían a grandes rasgos un proyecto político para la capital.

Podemos ver cómo el nuevo equipo capitaneado por Alcocer dejó claro desde un primer momento cuáles iban a ser sus prioridades políticas. En un artículo publicado en el diario *Arriba* el nuevo alcalde afirmaba que «es necesaria la ayuda de todo el vecindario para que en dos meses sea extirpada la mugre que dejaron los rojos». Las palabras de Alcocer, tremendamente virulentas, no eran extrañas entre los exaltados círculos políticos que iban a liderar la ciudad de Madrid durante

el siguiente período. Por ejemplo, Fernando González-Doria hablaba en términos similares arguyendo la necesidad de depurar el ayuntamiento y la ciudad de rojos «para quitar de una vez la mala semilla». <sup>10</sup> Así, es interesante resaltar cómo en esos momentos se hablaba de la necesidad de purificar Madrid casi en términos médicos o biológicos. Al leer algunos de los testimonios de las autoridades franquistas a su llegada a la capital, da la impresión de que interpretaran el republicanismo como una especie de virus que estaba suelto por las calles, en especial por ciertos barrios: «Madrid, la asediada, no sería más el foco infeccioso que contaminara la España eterna», escribiría González-Doria. Por ello no es de extrañar que otra de las primeras medidas tomadas por el ayuntamiento fuera la de prohibir tender la ropa en el exterior con el objetivo de erradicar una costumbre que, según las autoridades, practicaban algunos inquilinos, enemigos, como buenos marxistas, de la estética y de la limpieza. <sup>11</sup>

Esto también se reflejaba en la necesidad de limpiar la ciudad de los restos de la guerra. Así lo recuerda Fernando González-Doria en sus memorias: «Los pelotones de presos, piqueta en mano, desalojaban escombros y basura: los últimos recuerdos del repulsivo Madrid democrático». Esos recuerdos estaban particularmente presentes en barrios como Carabanchel, Vallecas o Cuatro Caminos, que eran vistos por las autoridades franquistas como barriadas rojas donde aún hacía falta mantener una disciplina severa. Esto es importante ya que explica por qué los miembros de la red de extrema derecha se establecerán en ciertos barrios del centro —especialmente, La Latina, Universidad, Congreso, Buenavista y Centro; véanse los mapas 1 y 2— y no en otros de la periferia. Para muchos de sus componentes esas zonas de la ciudad seguían teniendo un gran valor simbólico izquierdista, mientras que para otros se asociaban con la parte noble de la capital. Esos estereotipos tampoco eran nuevos; como explica Miguel Artola Blanco, los barrios que habían sido producto del ensanche del siglo XIX albergaban en 1930 al 80 % de las familias más ricas de la capital. <sup>12</sup>

En este contexto de gran radicalismo se celebra el primer pleno de la corporación municipal, el 14 de abril de 1939. Una de las primeras medidas que el equipo de gobierno toma es el cambio del callejero. Así pues, se deciden enterrar todos los nombres que pudieran recordar períodos anteriores, sobre todo los relacionados con la Segunda República: la Gran Vía pasaba a llamarse avenida de José Antonio, se restau-

raba el nombre de Alfonso XIII en lugar de Carlos Marx, el de Reina Victoria sustituía a Pablo Iglesias, la plaza de la República era de nuevo la plaza de Oriente, y el nombre de Princesa tapaba la «masónica» placa de Blasco Ibáñez, solo por poner algunos ejemplos.

A la vez que se plantean las primeras medidas, distintas personalidades del régimen de Franco comenzaron también a proponer nuevos planes para la ciudad de Madrid que estuvieran más vinculados al proyecto político de la nueva España. Una de estas personas iba a ser el mismísimo cuñado de Franco, Ramón Serrano Suñer, que escribiría un artículo de gran importancia en el diario *Arriba*, el 22 de mayo de 1939, en el que planteaba las líneas maestras de su idea de lo que debía ser Madrid a partir de entonces:

Hay que hacer un Madrid nuevo, lo que no quiere decir precisamente el gran Madrid en el sentido material y proletario de los ayuntamientos republicanos socialistas, sino el Madrid con la grandeza moral que corresponde a la capital de la España heroica. Un Madrid donde nunca más puedan cometerse las vilezas que aquí se cometieron en el dominio rojo, y un Madrid con armonía social, quitando rigidez a esta raya que marcó su cinturón.<sup>13</sup>

Efectivamente, una de las obsesiones de Serrano era la de edificar una nueva capital que encarnara valores distintos y opuestos a los de la Segunda República. Asimismo, Serrano estaba decidido a acabar con algunas características de la capital que provenían de un período anterior al de la República. No hay que olvidar que parte de las élites franquistas más radicales aspiraban a eliminar la democracia liberal para crear un Estado autoritario, siendo así pioneros de una síntesis dinámica de conservadurismo y modernidad a fin de realizar su propio ideal de una sociedad saludable. Para Serrano, el remedio ideal ante el estancamiento, el atraso y la anarquía de la España tradicional debía ser un nuevo Estado de carácter corporativista, que mantuviese la religión católica, pero rejuvenecido y moderno, capaz de defender a la nación de la doble amenaza que representaban tanto el comunismo como las formas más «paganas» y socialmente disruptivas del casticismo. En última instancia, la guerra debía servir para forjar un nuevo país donde su capital encarnase los nuevos valores que, para Serrano, eran muy parecidos a los del fascismo europeo que estaba tan

en boga durante esos años. Es por ello, concluye Serrano su perorata, que el casticismo es algo que debe desaparecer:

Trabajen ustedes para que todos podamos acabar con la españolería trágica del Madrid decadente y castizo, aunque hayan de desaparecer la Puerta del Sol y ese edificio de Gobernación que es un caldo de cultivo de los peores gérmenes políticos.<sup>14</sup>

La opinión de Serrano era también compartida por Manuel Aznar, antiguo director de *El Sol*, de influencia liberal orteguiana, más tarde republicano, que según algunos había coqueteado con la FAI, y que luego fue recuperado para la causa franquista, llegando a gozar de una cierta confianza por parte del Caudillo:

Hay un Madrid que nos repugna [...] lugares y escenarios de sainetes, manolas, chulos, peinas, mantones, zapatos bajos, pañolones, churros, olor de aceite, verbenas, tiovivos, mediándolas, chula paz, rosquillas, botijos, faldas de percal planchadas, chistes y chances de mal gusto, blasfemias, guardias en solfa, políticos de chupa de dómine, curas en ridículo, fanatismo sin devoción y, como subsuelo de todo ello, porquería espiritual, la más atroz e insoportable [...]. Durante los dos últimos siglos nada ha podido resistir en España a la corrosión del Madrid chulángano y roto, desplantado y majo.<sup>15</sup>

En resumidas cuentas, el inicio de una nueva etapa para Madrid como capital del régimen franquista implicaba la eliminación de todos los vestigios de republicanismo y democracia liberal provenientes de décadas pasadas. Asimismo, mucho falangistas soñaban con poder aprovechar el final de la guerra civil española para crear un espacio urbano moderno que representase los principios ideológicos del fascismo. Y el pistoletazo de salida para ese proceso de transformación iba a ser, como explica Álvaro Cunqueiro, el desfile de la Victoria que se iba a celebrar en Madrid en mayo de 1939. En efecto, el escritor gallego, que entonces trabajaba en la capital como redactor de *ABC*, fantaseaba sobre la importancia que iban a tener el desfile y la llegada del mismísimo Francisco Franco a la capital:

Entrar el Caudillo en la ciudad es disponer la Historia para la escritura [...]. Así, bien puede ser para nuestro Caudillo este Madrid, campamento

en la meseta. Y su solemne entrada, repique de gloria [...]. Cuando nuestro Caudillo contemple desde un balcón de su palacio la noche estrellada, haya en el gran patio de armas de España una milicia de caballeros despiertos, esos que habrán estado a su lado el día de la coronación y sean guarda segura de su persona. Con que esta milicia sea muchedumbre sólo quedará el alabar a Dios el día que el Caudillo Franco pase las puertas de la capital de las Españas.<sup>16</sup>

Esta interpretación de la importancia del desfile era compartida por amplios sectores del franquismo, convencidos de que poseía el potencial para erigirse como un momento crucial en la historia de la capital española. Como dijo Fernando González-Doria en el momento de entrar en Madrid desfilando con las otras tropas: «La ciudad abierta al fin para nosotros».<sup>17</sup> Aunque los ecos de la narrativa que la describía como la «capital mundial del antifascismo» aún resonaban en toda Europa, quedaba claro que para los jerarcas franquistas y para gran parte de la extrema derecha europea ese era el «año cero» para una nueva etapa en la historia de España y en la historia de Madrid como capital del régimen.